

Gelobnix y horror vacui dos ejercicios tácticos para repensar el espacio publico

Desde los 80, las autoridades locales alemanas están muy ocupadas reformando los espacios públicos para adaptarlos a las necesidades de las industrias de servicios y consumo... Los bancos (de sentarse) van desapareciendo para ponerles más difíciles las cosas a las personas sin hogar u otras indeseables que paran por los centros de las ciudades, lugares éstos que se van transformando cada vez más en centros comerciales: los espacios de relación y comunicación tienen una peligrosa tendencia a convertirse en parques temáticos y caros museos.

La policía de proximidad patrulla las calles para asegurarse que nadie interfiera en las compras: a vendedores y músicos callejeros, a quienes mendigan y se buscan la vida se les expulsa y se espera de la gente que colabore para mantener el centro comercial limpio y aseadete.

horror vacui

Verano de 1998. Un soleado día en una zona peatonal. La gente esta a la caza de las últimas rebajas, aún hay paseantes ociosos y algún exótico punk que ha elegido el centro de la ciudad como lugar de veraneo. Se oye la música de una banda "indie" que aún no han echado. Hay incluso algún que otro "sin hogar" mendigando calderilla.

Allí mismo, de repente, aparece un obstáculo, una gran área vacía ha sido cercada con cinta plástica roja y blanca, señalizada como área de prueba y vigilada por diez hombres y mujeres. Llevan boinas negras y chaquetillas verdes con letreros de Seguridad impresos en ellas. Se les identifica rápidamente como miembros de alguna de las múltiples empresas de seguridad privadas. Al parecer, niegan el acceso al área acotada a todo aquel transeúnte que no muestre un permiso. Para contar con el permiso hay que llenar un cuestionario que se reparte en unos mostradores muy aparentes situados a ambos extremos del área vallada. Los cuestionarios muestran el logo de un grupo de investigación denominado Futuro con seguridad. Algunos ayudantes que visten camisetas blancas con el mismo logo distribuyen unos folletos de información en los que se explica el proyecto. Tras los mostradores, los representantes de Futuro con seguridad se muestran encantadores y dispuestos a ofrecer más información y ayuda. Explican a todo el mundo que la finalidad del cercado y los cuestionarios es recabar información sobre el tipo de transeúntes y usuarios de esa plaza, así como comprobar si ésta resulta ser un espacio fácilmente controlable. Los investigadores, al parecer, han sido contratados por la firma Biehle [una

especie de corte inglés local], que está interesada en comprar la plaza. El resultado de los cuestionarios será usado para tomar una decisión en este sentido. Dichos cuestionarios preguntan la edad, el sexo, los propósitos del visitante, su lugar de residencia habitual, el medio de pago utilizado en sus compras y su opinión sobre la posible privatización de la plaza del pueblo.

Tras haber rellenado el formulario, la gente recibe una tarjeta que reza "Bienvenido al área de prueba", o bien "Lo lamentamos, no podemos admitirle". Nadie sospecha que las tarjetas se distribuyen con total arbitrariedad. Por supuesto, ambas mantienen la identidad corporativa del conjunto con su logo y su tipografía formal. Sólo en un apartadito del reverso se revela la explicación "real" del proyecto: una crítica de la creciente privatización del espacio público.

Un par de policías también reales abandonan el lugar de la acción algo confundidos y sin molestar gran cosa una vez se les ha dicho que se trata de una acción artística y en absoluto un acto político no autorizado.

¿Era esto arte político?, ¿acaso arte público "de nuevo género"? ¿O activismo político tradicional instrumentalizando el arte sólo como camuflaje?

Karin, del grupo 01, responsable de la acción, no está demasiado interesada en definiciones, aunque tiene claro desde luego que Horror vacui no se planteaba como una legitimación del Arte (con mayúsculas). Al grupo le preocupaba mucho más, por supuesto, distribuir el máximo número de folletos sobre la privatización de los espacios públicos: "La gente se siente atraída por las imágenes". Obviamente, enfatiza que la acción es inseparable de una consideración "artística" del modo de hacer las cosas: un cuidado por las imágenes y las historias, tal y como la acción se desarrollaba; la agilidad para dejar que las asociaciones de ideas circulen y cierta pulcritud en el acabado y la credibilidad de la acción: "Cualquiera que haya trabajado con arte sabe una cosa: necesitas una imagen o una historia".

En años recientes, este tipo de articulación política se ha hecho más y más popular entre los activistas de izquierda. Basándose en historias y prácticas procedentes de la Internacional Situacionista en Francia, de los Yippies en EEUU, de los Indiani Metropolitani italianos, o de los Provos holandeses y la Spassguerrilla alemana, por nombrar sólo unas pocas fuentes, un tipo de comunicación política creativa está siendo reinventada. El cabreo, el análisis y el gustazo de jugar con signos y símbolos, se mezclan y se convierten en parte de la esfera pública. Mark Dery en los EE.UU. le ha llamado "culture jamming": atasco u obstrucción cultural; nosotros preferimos "guerrilla de la comunicación, puesto que nuestra práctica ha estado mucho más relacionada con reflexiones sobre teoría de la comunicación: nos dimos cuenta de que muy a menudo los mejores argumentos pueden ser inútiles si nadie los quiere escuchar. De modo que en vez de obsesionarnos con el mensaje, empezamos a pensar modos de distorsionar los "canales" y las modalidades de comunicación.

Por otra parte, era fácil advertir que las estrategias más duras de la izquierda radical, como la rotura de escaparates, "allanamiento" de McDonalds,

interrupción de un transporte de residuos nucleares o de un encuentro de neofascistas, habían sido integradas como el "negativo" de la violencia del Estado: los roles han quedado repartidos, saben cómo tratarnos e incluso nos necesitan para proporcionar un contrapeso simbólico de la extrema derecha y justificar nuevas leyes contra la "violencia".

No pretendemos simplificar un debate que sabemos complejo, de hecho esta misma imagen de "peligrosos perturbadores" puede ser un elemento útil en el rediseño temporal de espacios públicos. Jugando con los discursos y las representaciones del poder, en vez de darse cabezazos contra ellas, los eventuales "rediseñadores" pueden desviar la fuerza de los despliegues y espectáculos del poder para sus propios fines. Así sucedió en:

Gelobnix, una intervención antimilitarista

En octubre de 1999, el año en que la OTAN bombardeó Kosovo y Serbia, el ejército alemán celebró un juramento público de jóvenes reclutas en la Schlossplatz de Stuttgart. Los desfiles militares son un tanto impopulares en Alemania desde la II Guerra Mundial, así que han inventado esto de los juramentos públicos como una especie de sustituto, presentando al soldado como "ciudadano en uniforme". Por cierto, que la última vez que intentaron una de estas juras de bandera en Stuttgart, allá por los 80, todo acabó en disturbios masivos. Ahora, casi 20 años después, debieron pensar que valía la pena intentarlo de nuevo. Por supuesto que inmediatamente se generó una red de antifascistas locales y pacifistas a quienes no gustó nada la idea. Lo que las autoridades no imaginaron fue el modo en que la oposición decidió organizarse.

Para empezar, las charlas y debates sobre antimilitarismo que se organizaron en diversos locales de la ciudad se anunciaban en un folleto que usaba el logo oficial de la ciudad, como si el ayuntamiento colaborase con la organización de las protestas...

Enseguida se distribuyó otro material de información también usando la imagen corporativa de la ciudad e incluyendo iconos increíbles como la "cruz de hierro", de una manera creíble, integrada con el estilo familiar de la publicidad oficial. Estos nuevos folletos se titulaban "Piensa localmente, actúa globalmente", tergiversando el famoso lema y aludiendo a las cada vez más globales intervenciones del ejército alemán; incluían declaraciones del alcalde manejando un refrido de lugares comunes y verdades indiscutibles de esos agitados días del bombardeo de Kosovo: "Asumir nuestras responsabilidades... desafíos a la estabilidad mundial.. defender los valores de la civilización... arrimar el hombro". El folleto anunciaba su propia serie de eventos paralelos a la jura: la Cruz Roja ofrecía la posibilidad de donaciones personalizadas de sangre (usted podía elegir a qué soldado en concreto donaba su sangre). Un célebre deportista olímpico local recordaba a los ciudadanos su obligación de estar en forma e invitaba a vecinos y soldados a salir a hacer footing juntos. El diputado de los Verdes presidiría una mesa redonda con pilotos de guerra que explicarían por qué

los ataques a objetivos civiles, como medio de evitar enfrentamientos con las fuerzas armadas enemigas, eran una lección moral ineludible en la historia alemana. La compañía de transporte público anunciaba viajes gratuitos para los vecinos que acudieran a la jura, y finalmente se proporcionaba un número de teléfono disponible las veinticuatro horas para reservar asientos.

Por supuesto que todos los agentes citados en este "programa de actividades" se enteraron a través de los jocosos comentarios de la prensa. Todos, excepto el concejal de seguridad y orden público, cuyo teléfono habíamos confundido con el de reserva de asientos: no dejaría de sonar en unos días.

Por aquel entonces, todo el mundo comentaba lo que podía pasar el día de la jura. Los aficionados al rock esperaban un concierto que se había anunciado también como parte de los actos para la tarde de ese mismo día, de nuevo bajo la identidad del ayuntamiento de Stuttgart. Para asegurarnos de que la policía estuviera al tanto preparamos algunas paginas web especiales para la protesta, proporcionando instrucciones y consejos para el perfecto alborotador (estudio de las curvas parabólicas en el lanzamiento de huevos, etc.) e invitando a los anarquistas de todas partes a invadir Stuttgart ese día y arrasarlo con todo. El escenario estaba listo: la policía y el ayuntamiento se esperaban graves disturbios, la prensa había empezado a cuestionar este tipo de actos de representación pública del poder militar. Los grupos de activistas esperaban encontrarse un despliegue policial que les diera suficiente juego...

Y así fue. Los soldados se alinearon y fueron inmediatamente rodeados por tres círculos de policías antidisturbios que les protegían. La gente que había salido de compras o quienes circulaban en sus automóviles por los alrededores eran sistemáticamente registrados ("¿Lleva usted algún artículo peligroso en bolso?"), provocando atascos de tráfico. Más tarde, los periódicos comentarían este aspecto: ¿tiene sentido demostrar la integración de los militares en la sociedad si cada vez que se intenta escenificar tal integración es necesario proteger a los soldados de los ciudadanos tan exageradamente? Los esperados batallones de alborotadores, sin embargo, no aparecían por ninguna parte. En su lugar, alguna gente vestida con limpios y blancos trajes antiviral y mascarillas blancas empezaron a levantar una especie de cerca blanca que rodeaba a la policía que a su vez rodeaba a los militares; la cerca tenía la altura de un cuerpo humano: en contraste con el césped sobre el que se alienaban militares y policías, destacaba como una especie de dispositivo higiénico.

Algunos folletos informaban del sentido de la cerca: un aviso oficial del Departamento de Sanidad aseguraba: "La violencia es contagiosa". Esta vez, el estilo del folleto era totalmente el de los clásicos avisos sanitarios, con sus secciones de preguntas, sus iconos de peligro, etc. Se señalaban algunos de los síntomas (consumo extensivo de programas violentos de televisión y de alcohol, necesidad exagerada de seguridad, formación patológica de grupos a través del uso de uniformes). La Asociación para un Stuttgart limpio y seguro invitaba a la gente a construir un muro de seguridad que evitara la invasión de la ciudad por parte del virus.

Durante los siguientes días continuó la discusión pública sobre las representaciones del poder militar. Esta vez, no se perdió el tiempo en condenas a los alborotadores violentos. Los periodistas y lectores tuvieron que ceñirse a cuestionar el uso del espacio público por parte del ejército, intercambiándose argumentos que iban desde las retóricas sobre la responsabilidad y la seguridad hasta preocupaciones más tangibles en torno a quién puede usar el espacio público y cómo.

Usos tácticos y estratégicos del espacio público

La esfera pública es un espacio de negociaciones, lleno de espectáculos contradictorios, signos y símbolos nunca fijos y siempre determinados por relaciones sociales y de poder. El proceso de privatización del espacio público es un proceso estratégico, en el sentido estipulado por Michel de Certeau. Desde las sedes del poder, las autoridades trabajan junto con arquitectos, diseñadores, representantes de empresas y artistas para reformar los centros de las ciudades de acuerdo con las demandas de una economía simbólica que satisfaga las necesidades de potenciales inversores y clientes. Este proceso genera una arquitectura globalizada de cadenas de restaurantes y tiendas de moda, multicines, museos, esculturas y centros comerciales, que promete entretenimiento y acceso a los placeres del consumo sin perturbación ni interferencia alguna por parte de los siempre amenazantes desniveles sociales. Para hacer esta promesa creíble, los centros de las ciudades deben ser sitios "seguros". Como disciplina estratégica, el urbanismo desarrollista tiene muchas maneras de cumplir con estas necesidades.

Los bancos, prototipo del lugar de encuentro que no genera plusvalías, son reemplazados por asientos individuales o por grandes maceteros, mucho más decorativos. Las áreas de acceso a los edificios representativos (instituciones, centros comerciales, bancos) son diseñadas de un modo intimidatorio a base de mármoles, vidrio y acero, de tal manera que disuaden de sentarse en los escalones y mucho menos juntarse allí con los amigos. Si la barrera estética no funciona y acaba colándose gente sin hogar, migrantes, jóvenes marginales o cualquiera que distorsione la imagen limpia y rica del lugar, siempre se puede recurrir a la policía o los vigilantes privados.

Aún así, el espacio público no se determina en su totalidad por las estrategias del poder. También puede ser conformado por los sentimientos y deseos de la gente común, los usuarios de la ciudad. En campañas electorales, juras de bandera, rebajas de verano, manifestaciones contra el racismo o festivales anuales del vino o la cerveza, la gente incorpora y desarrolla maneras de usar el espacio diferentes de las previstas y planificadas. Eso es lo que de Certeau llama tácticas.

El nuevo, y caro, pavimento de una zona peatonal se convierte en pista para monopatines, las limpias paredes de un edificio rehabilitado aparecen como lienzo ideal para los graffiti, los cajeros automáticos cubiertos son sitios buenos para fiestas. Todas estas tácticas no aparecen de la nada. Siempre se

encuentra un material de base proporcionado por la economía simbólica del enemigo. Los usuarios e inventores de estas "zonas temporalmente autónomas" nunca confían en conservarlas por mucho tiempo, no están en una posición que les permita definir el espacio permanentemente.

Quienes planearon Horror vacui crearon una situación. Condensaron diversos signos y símbolos que denotaban privatización y control: vigilantes privados con sus uniformes paramilitares y su gestualidad imperativa, líneas de demarcación correctamente trazadas en plástico rojo y blanco reforzando una estética de autoridad y legalidad, el equipado y correcto personal de la empresa de servicios atendiendo las preguntas de la gente y dándoles instrucciones, la autoridad de la academia combinada con la eficiencia de la investigación de mercados. Este conjunto se completó con algunos rasgos locales como el recurso a la firma Biehle, la especie de pequeño corte inglés local, creíblemente comprometido con el mantenimiento de "un lugar seguro y limpio para el futuro". Para su propia sorpresa, 01 habló tan rebién el lenguaje del poder que la policía no se atrevió a interferir su despliegue. 01 había acertado en el corazón de la gramática cultural del control urbano. Paradójicamente la efectividad de las tácticas aumenta en proporción directa a la virulencia con la que las representaciones del poder se manifiestan. Cuanto más se desarrollan los dispositivos de normalidad, más vulnerables se muestran a nuestros viciosos dispositivos de tergiversación.

Gelobnix redefinía un espectáculo del poder. La policía, los soldados, los usuarios de la ciudad y los activistas formaban todos parte de la coreografía de esa especie de happening, los límites entre actores y espectadores quedaban bastante difuminados, por lo demás. Uno de los agentes de policía dio con una pista correcta: "¿Qué es esto? ¿un carnaval o qué?. Desde bastante antes del día de la jura, las expectativas de los diferentes grupos de gente, de la Administración pública y la policía a los activistas, fueron trabajadas usando los lenguajes y medios oportunos. El recuerdo de los graves disturbios en la anterior jura, hacía veinte años, pudo ser explotado para crear una difusa y ambigua mezcla de emociones y expectativas que formaron la atmósfera de la acción.

El fantástico escenario de una gran cantidad de hombres uniformados y alineados frente a las banderas nacionales y un castillo del siglo pasado, fue algo que el poder proporcionó: no tuvimos que pedírselo. Sabíamos por experiencia que la policía cerraría el espacio, con lo cual lo mejor que podíamos hacer era ayudarles: sabíamos que necesitábamos una imagen suficientemente fuerte para tergiversar el sentido de ese encierro policial. La imagen vino con el color blanco, para variar del habitual negro anarquista y como hermoso contraste con el verde del césped y los uniformes. Por supuesto, el color blanco desataba toda una serie de asociaciones: limpieza, hospitales, gérmenes... habíamos inventado el violento virus BW (el ejército alemán). El concepto hegemónico de la "violencia", tan a menudo usado contra los activistas, resultaba ahora devuelto al propio Estado. La cerca de seguridad blanca jugaba de paso también con los miedorros y el discurso racista sobre el peligro de ser invadidos por peligros incontrolables: virus, extranjeros, microbios diversos.

Ni Horror vacui ni Gelobnix pretendían instaurar ningún cambio

permanente o estratégico en la arquitectura de los espacios urbanos que rediseñaron por unas horas. Sin embargo, estas intervenciones podrían ser parte del desarrollo de una "articulación de las tácticas".

Llevar las tácticas más lejos

Las tácticas de los comportamientos cotidianos expresan deseos diferentes de los incluidos en los planes estratégicos de los poderes, en ese sentido, pueden cobrar un carácter subversivo. Sin embargo, no siempre funcionan del mismo modo en tanto que intervenciones políticas. Los patinadores se sienten atraídos por el pavimento nuevo y liso, están interesados por sus cualidades "técnicas" y no les importa gran cosa su función simbólica como significativa de un consumo urbano de lujo, aunque de hecho ese no importarles gran cosa, ese descreimiento, supone un cuestionamiento, susceptible de articularse, de lo que (el consumo urbano de lujo), a su vez, se presenta con pretensiones de ser "lo más natural" y lo lógico.

Horror vacui y Gelobnix constituían intervenciones tácticas en tanto en cuanto tergiversaban material procedente del discurso dominante. Sin embargo, iban algo más allá de algunas de las prácticas cotidianas descritas por De Certeau en tanto que ambas intervenciones, a diferencia de la de los patinadores, ya estaban políticamente articuladas. Horror vacui era parte de una campaña nacional tramada por grupos políticos y de artistas contra los procesos de privatización, exclusión y contra la obsesión generalizada con la seguridad ciudadana; Gelobnix se insertaba dentro de todo un cuestionamiento del papel del ejército alemán en el año de la primera agresión de la OTAN fuera de sus fronteras. Ambas intervenciones estaban situadas dentro de un discurso político más amplio articulado por movimientos sociales, en el que demandas estratégicas como "parar los bombardeos" o "libre acceso a los centros de las ciudades" fueron formuladas. No por ello quedaron las intervenciones confinadas al espacio propio de lo político tal y como ha venido siendo demarcado por los partidos y las instituciones representativas: manifestaciones, puestos de información, reuniones pesadísimas y un cierto regusto por la moralina. Por otra parte, aunque los happenings cuentan con una larga tradición como articulaciones artísticas, no podían tampoco ser tratados como contribuciones artísticas positivas a la economía simbólica. Llevar las tácticas más lejos, contextualizar las cuestiones políticas en modos poco usuales y rechazar cualquier pretensión de definiciones exhaustivas puede ayudar a ampliar el campo de lo político. Las tergiversaciones, los happenings e intervenciones similares pueden insertar lo político y lo artístico en la vida cotidiana, tanto más si los organizadores toman en consideración su propia experiencia sobre el espacio público y su conocimiento sobre el contexto local.

Sí vas de compras a las rebajas de verano no te gusta que la policía registre tus bolsas. Esto irritó a mucha gente el día de la jura, enturbiando una imagen positiva de la policía que parece que siempre debería reservar sus suspicacias y sus controles para los "otros". Ese conocimiento del contexto local ha de funcionar recurriendo a los gustos y las frustraciones locales, a

los secretos deseos subversivos de la gente. Por ejemplo, bastantes ciudadanos decidieron usar el billete gratuito para el transporte público que venía en los folletos tergiversados, pese a que, finalmente, era bastante evidente que se trataba de un billete falso. Ese mismo folleto fue comentado jocosamente por los periódicos locales: indicio de que había encontrado interés local. Y sólo si una intervención funciona localmente puede ser relevante en un contexto más amplio.

Por lo que hemos visto, el centrarnos en imágenes y formas juguetonas crea nuevas alianzas entre los organizadores. No es necesario estar de acuerdo sobre cada detalle del análisis político, las preparaciones pueden incluir a más gente. Usando imágenes, música, cuerpos y acciones, los y las activistas están redescubriendo los placeres de las experiencias estéticas como parte constitutiva del discurso y la práctica políticas. Los campos del arte y el activismo están empezando a mezclarse y eso puede dar pie a un nuevo espacio de articulación política.